

ACTUALIDAD Y TRASCENDENCIA DEL QUIJOTE

Exhibe Cervantes una vida que se tiende entre dos siglos. Por un lado el siglo XVI, en que flotan, calientes todavía, los vahos del medioevo; en cuyos aires bordonean lánguidos arpegios las cuitas de Tristán e Isolda y de Lanzarote y Ginebra, y en cuyos ámbitos impregnados de incienso y de rezos, tremolan, en oleajes seguidos, las leyendas del Rey Arturo y de los Caballeros de la Tabla Redonda; siglo, en fin, sobre el que se proyectan, cayendo de las brumas de los tiempos idos ya, las sombras de los grandes silencios monacales y algo cual una melancólica quietud sin palabras; entre cruzado todo ello por las asombrosas noticias de los descubrimientos geográficos y de las grandes invenciones. Hacia otro costado el siglo XVII, que se hiende en el futuro cargado de promesas inauditas y que porta, como en estandarte glorioso, la cartografía de un mundo nuevo, abriéndose al mundo de un portentoso estuche mítico, insinuante y febril.

«Jorge Puccinelli Converso»
He ahí los dos siglos que, de un contin a otro del mundo occidental, se dan la mano en la existencia azarosa de Cervantes. Realízase así dentro de él un extraño maridaje con la complicidad del tiempo. Es un pretérito nebuloso que pervive y un porvenir ingente e incalculable que se avizora. Y ya que cada instante de lo actual, es, dondequiera, un resumen dialéctico o una resultante agónica de lo que fué y va siendo, en el presente de Cervantes, en el presente continuo de su ser y de su obra, asoma la Edad Media, que despertando de un largo sueño en brazos del misterio y de la fé, restrégase las pupilas y se desespera medrosamente para abandonarse a la sagrada maternidad de los tiempos nuevos. De esta manera en Cervantes lo que ha sido, no ha dejado aún de ser, y lo que va a ser, está haciéndose.

Empero el hombre no es únicamente hijo de una época determinada. Además de participar de la idiosincrasia del período his-

tórico porque atraviesa, comulga con las corrientes de vida de su medio social y cultural. El hombre es siempre un trozo viviente sujeto al suelo que hollan sus plantas. Alimenta su alma y su cuerpo con la savia telúrica de la tierra. Así, la tierra y el hombre convergen, juntamente con lo histórico, en un binomio que debe resolverse en un temperamento y un carácter individuales. Por eso Cervantes, al par que es un europeo hecho con la carne y la sangre de dos siglos, es también y acaso antes, un español. Lo cual hace que arrastre consigo, al lado de su propia historia individual, enclavada en la urdimbre de lo social-cultural, la historia de la humanidad y de la raza y del pueblo a que pertenece. En esto tal vez radique el secreto y la significación auténtica de su vida y de su labor intelectual. Como europeo, vibra a tono con las inquietudes de la atmósfera histórica que le envuelve. Como español, consume un ser en el altar de una trinidad en la cual está acondicionada fuertemente el pueblo y la vida toda de España como Nación y como Estado: el honor, el amor y la fé. Ciertamente que estas cualidades no son oriundas exclusivas de España. Ellas fueron cultivadas antes, férvidamente, por los nobles trovadores y troveros, en el sur y norte de Francia, y por los minesingers en Alemania. Pero es en España, donde con mayor pujanza se afianzan y se tornan sangre y nervios. Por eso a Cervantes se le comprende en la medida en que lo consideramos como una síntesis palpitante de lo que constituye el patrimonio espiritual de Europa y de lo que es cabalmente español. Más el hombre posee la virtud de moldear a su imagen y semejanza aquello que le viene del exterior y de lo común, y de dotar a lo que es propiamente suyo de formas y categorías de universalidad. Tal cosa ha hecho precisamente Cervantes, y es también lo que pretendemos relieves dentro de la brevedad de estas líneas.

Comparece así entonces el autor de don Quijote ante el escenario de la posteridad, prendido en un triángulo de fuerzas espirituales grandiosas que constituyen las grandes coordenadas que encauzan el desenvolvimiento de la Europa y la España de aquellos tiempos, a saber: el honor, el amor y la fé. Como hombre de honor es un caballero. Como hombre de amor es un amante. Como hombre de fé es un creyente. La emoción del caballero conduce a las diversas formas de lealtad y en especial a la lealtad a la Corona y al Rey. El sentimiento amoroso lleva hacia lo sublime en la mujer y en el hombre. Y el fervor religioso levanta hacia la adoración de Dios. Por eso en Cervantes arden, fundidos en un sólo gran culto, tres cultos igualmente intensos y fervorosos: al Rey, a la Dama y a Dios. Púédese asegurar que bien pronto el ideal caballeresco se convierte

en expresión de la unidad de estos tres cultos. Es en efecto a la caballerosidad a lo que aspiran los hombres de la Edad Media. Unos lo consiguen totalmente. Otros sólo a medias. Más es siempre la actitud caballeresca que resalta por doquier. Sus signos internos y externos son el respeto y el recato en el cumplimiento de sus deberes para los superiores, para la dama y para la divinidad. Más no basta un cumplimiento pasivo de obligaciones. Es necesario una conducta activa en este sentido. De ahí que el caballero busque en toda ocasión, comúnmente mediante hazañas provocadas, demostrar que realmente es tal. De este modo debe embarcarse en una red intrincada de aventuras para probar a todos, a su Rey, a su Dama, a su Dios, que posee las virtudes caballerescas que le elevan a la categoría de modelo como vasallo, como amante y como creyente.

Fruto de la aspiración de los hombres de la edad medioeval a alcanzar las alturas del caballero, lo constituyen las variadas historias que se desparraman por todas partes, en las cuales se narran admirables e ilustres hechos de eminentes caballeros que aquí y acullá van dejando ejemplos de nobleza y devoción. Los poetas provenzales habían ya acicateado, en el siglo XII y aún en el siglo XIII, los sentimientos más señeros y depurados de los hombres. Los troveros en el norte de Francia, en el siglo XIII, aunque con menos finura y prestancia quizá, prosiguen en la senda de sus colegas del sur. Los minnensinger, en Alemania, difundían ideales poéticos del mismo linaje. De esta manera ya en España, ya en Francia, ya en Alemania, ya en Italia, ambula la poesía lírica, épica y dramática por castillos y poblados. En España, contagiada de las fábulas e historietas importadas de los países mencionados, se desencadena, con verdadera furia e ímpetu inotopolizador, toda especie de caballeros trashumantes, que a fuerza de exaltación subjetiva y de refinamiento en el sentir, se han hecho poetas que conmueven y arrebatan. En España, pueblo apasionado y de vigorosas relaciones, es en donde, particularmente había de fructificar, con fertilidad espasmódica, las leyendas e historias de caballeros andantes inauditos. En la segunda mitad del siglo XVI el público, familiarizado ya con la presencia en su memoria de tan famosos personajes cuasi míticos, devoraba ávidamente y con una creencia ingenua en su realidad, las lecturas que de ellos les hablaban.

En tamaña coyuntura aparece don Quijote "con adarga antigua y lanza en ristre". Pero cuando don Quijote se avecina ya escaseaban las leyendas e historias caballerescas. El caballero de la Triste Figura es un rezagado, que de repente se yergue, en una irremediable soledad, afanoso de pasarles la voz a sus colegas cu-

yos perfiles se difuminan en la lejanía insalvable de los años muertos. Por esta fecha, además, la circulación de semejante género de escritos, si no francamente prohibida, al menos solapadamente perseguida estaba. Por eso su producción, al ultimar el siglo XVI, experimenta una baja enorme. Más si los cuentos caballerescos decrecían por esta época, no ocurría lo mismo con el espíritu caballeresco, aventurero y místico de los españoles. Tan adentro de su corazón estaba ya metido el ideal animador de la caballería. Cuando Cervantes se presenta con su Obra debajo del brazo, la gente no sabe a que atenerse. Por una parte confesaba Cervantes que su propósito era dar un golpe de gracia a las novelas de caballerías. Más por otro lado se veía a las claras que Cervantes había escrito en realidad una obra de Caballería. Y qué Obra. Era la suya una obra única e incomparable a todas las demás que le habían antecedido, por su estilo, por la grandiosidad de sus conceptos, por su entonación magistralmente lírica, por el fuego de sus imágenes, por la variedad y riqueza de su argumento. Era, en una palabra, una novela como no se había hecho hasta entonces en España, y que, trascendiendo los límites de su aparente intención, proponía a la consideración unánime, con irrebatible elocuencia y cautivante patetismo, dos grandes temas de honda meditación en la encarnación de sus dos protagonistas nucleares: el hidalgo y el escudero.

Con todo, en un principio, no había acuerdo en calificar la Obra de Cervantes. Unos la creían una sátira y de las más mordaces y terribles. Otros la estimaban como una elegía alrededor de una época y de unos honores acabados para siempre. Más de todos modos no dejaba de ser una novela. En realidad el Quijote es una epopeya novelada. Puede ser también una novela epopéyica. En toda novela, como sabemos, se hermanan lo prosaico de la vida y el ensueño que sobre ella flota, la historia vivida y la fantasía anhelada, la experiencia trivial y la idea excelsa. Por eso toda novela huele a tierra y a cielo. Ahí están, en complemento y a la vez en oposición trágica lo efectivo y lo posible, haciéndose mutuas concesiones. Empero en lo que generalmente se empeña la novela es en elevar lo positivo y efímero a la altura de lo ideal y permanente. De ahí el sabor deliciosamente poético de toda novela, por encima de lo agreste y terrenal. En ella, junto a lo terreno, a lado de la opacidad de lo material, resplandece el titilar de lo maravilloso, de lo sobrenatural y de lo abstracto. Por eso la realidad que vemos, nuestra realidad de todos los días, en que a cada rato nos movemos y somos, está como jaspeada de luminosidades estelares. Más no por ello nuestra realidad se desvirtúa o deja de ser tal. Le rodea

un nimbo, un halo de luz suprahumano; pero ahí está élla, humilde, escondida, acurrucada en su pequeñez. Y ya que cada uno de nosotros—seres de barro y de azul—está como encajado en la textura de la realidad e idealidad que la novela pinta, resulta muy natural el que cada uno de nosotros esté igualmente dentro de la realidad novelada, que ya no es como nuestra común y cotidiana realidad, sino que es una realidad,—si cabe la paradoja—ideal. De consiguiente en la novela nos reconocemos y reconocemos también nuestro quehacer, nuestro pensar, nuestro querer, nuestro sentir puestos en ella de manifiestos. Y es que,—¡milagro de milagros!—los elementos de la novela, de cualquiera novela, mejor dicho, están en nosotros, aunque en cada cual de diferente cariz, configurándose inagotablemente en personajes ávidos de autonomía ontológica, que, de acuerdo con Pirandello, buscan un “autor” para existir, moverse y expresarse. De ahí que de manera enigmática, pero clara para quién se percata de los mil sujetos que alienta debajo del pecho, toda novela encierra pedazos de nuestra propia vida. Y es porque toda novela se refiere a los dos mundos en los cuales simultáneamente vivimos: lo real y lo ideal. De ahí el tinte autobiográfico que posee para cada cual el contenido novelesco. Si no todo íntegro, al menos mucho de sí, aún aquello que calla y no se atreve a confesar, está allí. Sus escenas nos son familiares, los tipos que ahí alternan también y en general toda la fraseología. Nos maravilla descubrir que en los personajes novelados alentamos nosotros con todas nuestras debilidades y grandezas. Algo más: las circunstancias novelescas y los personajes que en ellas accionan, distinguimos que, en enorme medida y poniendo entre parentesis las variantes de detalle, son, bien fiel retrato o bien individualizaciones más o menos francas o disimuladas de tendencias o apetencias reales e ideales perenne o intermitentemente albergadas y aún cultivadas consciente o inconscientemente dentro de nuestra vida interior. Por eso en toda novela hay historia y hay asimismo idealidad nuestras que nos horroriza y avergüenza, o nos regocija y enorgullece contemplar.

En la novela de Cervantes encontramos todo eso, admirablemente ensamblado y entrefundido. Algo más: hallamos personificadas aquellas dos direcciones polares de actividad y de vida que emergen de los cimientos de nuestra estructura ontológica total: la que nos ata a la tierra y nos aleja del cielo y la que nos arranca del suelo y nos acerca a Dios. La vida y el espíritu, como diría Max Scheler, en un juego dialéctico de repercusiones cósmicas, luchan por columbrar una síntesis última en la cual la vida, elevándose desde los estratos instintivos de la animalidad, se llena de espíritu, y

el espíritu, a su turno, descendiendo de las immaculadas regiones en que mora, se hace carne en la vida. La vida es lo mudable, lo efímero, lo pasajero, lo deleznable. El espíritu es lo eterno, lo inmutable, lo invariable. La vida es lo impuro ante los ojos del espíritu. El espíritu es lo santo ante las miradas de la vida. Más en el ámbito de la totalidad universal se dan, diríamos, un abrazo cosmogónico a través de las distancias inmensurables y se buscan y se aman en un idilio cuya expresión y desenvolvimiento es la marcha interminable de las cosas y de los seres que sin cesar se modelan y remodelan persiguiendo la forma máxima y definitiva de un Ser Supremo colocado como meta y coronamiento en la cúspide de la evolución cósmica. De este modo la vida y el espíritu se diluyen en el ser y acontecen universales y se entregan mutuamente en la más sublime de las nupcias, allá, en la germinación intemporal y espermática de las esferas. Al término y como culminación definitiva de aquel inmenso proceso cosmológico hállase la Divinidad gloriosa hecha carne en el mundo y en el hombre a través del martirio de ambos...

He ahí la intuición y el mensaje esotérico de Cervantes por medio del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y del sin par escudero Sancho Panza. Es el espíritu y la vida que andan abrazados en la búsqueda de un punto de coincidencia. Cada ser humano es una rara mezcla de los dos. El hombre no es Quijote solamente. Es también y a un mismo tiempo Sancho. Ambos alternan en sabrosa plática y ejecutan descomunales hazañas desde nuestra intimidad existencial. A ratos actúa uno sólo, mientras el otro especta. De ahí el que sin anunciarlo expresamente y bajo el ropaje de una novela de caballería, escrita precisamente en desprestigio de la caballería, según unos, o para enaltecimiento y dignificación de la misma, según otros, en puridad de verdad Cervantes nos dice mucho más de lo que quiso o pensó decir. En la trágica y en veces ridícula amistad y trato entre don Quijote y Sancho se alude a la coexistencia en nuestro ser total de una vida que quiere salvarse anegándose en el océano sin orillas de lo espiritual, y de un espíritu que pretende infundirse en la vida para salir de la posibilidad a la efectividad y como consecuencia ser. El hombre es vida y espíritu a la vez. Por eso somos anhelo de salvación y el salvador mismo. Aquello que es salvado y el que salva. Somos, vale decir, lo perecedero que en una perpetua agonía o pugna antagónica consigo mismo, busca el sendero y los moldes de la eternidad, y al mismo tiempo lo que queda y se sedimenta en la dialéctica fluvente de lo mudable. Hambre de perseverar y la persistencia misma. Síntesis del entrevero del empuje hacia la liberación y de la poten-

cia que redime, lo constituye el sentido de lo divino que se anuncia a las puertas de nuestro ser, vía de la santidad. Al comienzo son atisbos esporádicos. Sólo muy tardíamente se asienta en el sagrario del alma en olor sacro. Mientras tanto, hay martirio, tragedia, agonía y heroicidad.

En el escenario de la subjetividad humana ventilase así un destino ingente. Los momentos postrimeros de don Quijote y su fallecimiento mismo son el índice en que culmina la alegoría de su vida. Ahí está junto a él, rendido en fidelidad incondicional, el otrora escudero Sancho. Don Quijote se ha reintegrado a la tierra, vale decir, ha introducido su ser en la vida. Sancho se ha trocado en Quijote, o lo que es lo mismo, ha insertado su ser en el resplandor inmarcesible del espíritu. En la vuelta de don Quijote al ser de don Alonso Quijote el Bueno, se revela el misterio de su sumersión y desaparición del espíritu en el seno fecundo de la vida. En la conversión de Sancho en Quijote redivido se transparenta la redención eucarística de la vida por el espíritu. He aquí el uno y el otro brindando su ser en bien mutuo. Gracias a esto la misión mesiánica del espíritu se cumple y la vida es salvada y rescatada de la materialidad. El resultado final, sin embargo, no es visto por ninguno de ellos. El espíritu presiente más o menos obscuramente el porqué de su ser. La vida, por otra parte, espera y confía en la intervención libertaria del espíritu. El sacrificio de su ser que el uno y la otra se hacen entre sí alcanza como derivación necesaria su cénit cínico en la crucifixión de la vida en aras del espíritu y en la resurrección del espíritu una vez fenecida la vida.

En tan grandioso simbolismo desenlisa la actualidad renovada y la trascendencia, diríamos, metafísica de una obra literaria que intrínseca y extrínsecamente representa la creación máxima del genio de una raza y de una lengua insufladas de tremenda vitalidad y muy eminente espiritualidad. Si como novela el Quijote encanta y refresca al modo de una brisa matinal, como símbolo subyuga y fascina a la manera de un espectáculo majestuoso. Los personajes y las escenas que encierra la obra cervantina forman el fondo del cuadro infinito del mundo, en el cual, bajo diferentes poses, actitudes y perfiles se libran otras tantas batallas como la librada en los pechos, hechos a un sólo diapasón al final, del caballero de la Triste Figura y de su probo Escudero. Dos figuras que hablan nuestro lenguaje y enseñan nuestro rostro interior. De ambos está lleno nuestro ser. En el contexto de nuestra personalidad están entreteladas las fibras de don Quijote y Sancho. Somos seres de barro que perseguimos el azul del espíritu. Somos buscadores infatigables del

pájaro azul del espíritu. Y, el pájaro azul del espíritu, como en el poema de Maeterlink, no está fuera sino dentro de nosotros. Buscamos en realidad algo que tenemos ya; pero cuya presencia está aún velada a nuestros ojos mentales. En el descubrimiento de este hecho se opera el milagro de la redención del hombre por sí mismo.

Tal el mensaje esotérico que ha legado Cervantes a la posteridad de todos los tiempos. Y, tal, asimismo, la razón legítima de la actualidad reiterada y la trascendencia filosófica de las andanzas y las conversaciones de don Quijote y Sancho—el espíritu y la vida en el hombre y en el mundo.

CÉSAR GÓNGORA PEREA.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»